

## La Diaconia Cisterciense

### Fr. Olivier Quenardel

Existe hoy un consenso para decir que San Esteban Hárding concibió la Orden del Cister como una gran escuela de caridad. Inspirándose del modo de relaciones previsto por la Regla de San Benito para el funcionamiento interno del monasterio, lo extiende al conjunto de relaciones entre los monasterios<sup>[i]</sup>. Entonces, la escuela del servicio del Señor puede entenderse como la Orden misma que se vuelve algo como una gran "Escuela de escuelas", que salvaguarda la autonomía de cada monasterio estableciendo al mismo tiempo entre las diferentes casas de la Orden, especialmente las que son unidas por las relaciones de filiación, una profunda solidaridad marcada por el espíritu evangélico.

¿Nueve siglos más tarde, sería imaginable, sin faltar ni al realismo ni a la discreción, seguir el ejemplo de San Esteban buscando a través de la Regla de San Benito las vías a la vez antiguas y nuevas que podrían edificar, no solamente nuestras Ordenes o Congregaciones consideradas una por una, sino el conjunto de la Familia cisterciense en el sentido de una verdadera escuela de caridad? Ya no sería más a cada Orden o Congregación nacida o inspirada por la primera Orden del Cister de concebirse como una gran "Escuela de escuelas", sino a la Familia cisterciense entera en el máximo respecto a la organización interna propia a cada una de ellas.

La Carta que Juan Pablo II dirigió *"a los miembros de la Familia cisterciense con ocasión del noveno centenario de la fundación del Cister"* nos anima sin duda a ir en este sentido. No faltaron los que notaron un uso frecuente y seguramente intencional de la expresión "Familia cisterciense"<sup>[ii]</sup>. Al opuesto, nunca se habla ni de Orden ni de Congregación. Parece manifiesto que lo que interesa al Santo Padre en este documento no es principalmente la organización jurídica propia a cada una de nuestras Ordenes o Congregaciones, sino "la comunión" al interior de "la gran Familia cisterciense":

*En esta celebración de la fundación del Cister, animo vivamente las comunidades formando la gran Familia cisterciense a entrar juntas en el nuevo milenario en verdadera comunión, en la confianza mutua y en el respecto de la tradiciones heredadas de la historia ¡Que este aniversario del "nuevo monasterio", que durante nueve siglos tuvo un resplandor tan grande en la Iglesia y en el mundo, sea para todos el recuerdo de una origen y de una pertenencia comunes, así que el símbolo de la unidad siempre de recibir y de construir !1[1]*

Para contribuir a una verdadera comunión en "la gran Familia cisterciense" tal como nos anima el Santo Padre, quisiera meditar aquí sobre algunos aspectos del capítulo 35 de la Regla de San Benito que me parecen particularmente sugestivos.

---

---

## **SERVIRE**

Desde el prólogo de la Regla, San Benito expresa claramente su intención de instituir una *escuela del servicio del Señor*. La expresión da sentido a toda la Regla... A esta escuela, el monje aprenderá muchas cosas que se resumen en una sola: "servir al Señor". Esto significa que al que entra en el monasterio con intención recta buscara a volverse servidor del Señor, y más aún, un "buen servidor" (RB 64, 21).

Empezando con el capítulo 35, San Benito desarrolla un aspecto particular de este servicio, al cual no se había referido aún: el servicio que los hermanos tienen que ofrecerse mutuamente. A unos versos de distancia lo repite: los hermanos se servirán mutuamente... con caridad. Lo que dice aquí tratando de los semaneros de cocina se extiende a todas las actividades del monasterio. Hay que entender estas tareas como servicios y ejercerlas como verdaderos servidores. Además -y lo veremos más tarde- los hermanos lo deben ejercer sirviéndose unos a otros con caridad.

Hay múltiples propuestas para encontrar un plano de la Regla . no carecen de interés con tanto que obligan a preguntarse sobre su contenido para renovar su sentido ¿Con esta meta, sería posible considerar el capítulo 35 como un cruce? Después de haber, con realismo, echado las bases de la escuela del servicio del Señor, San Benito llega a una serie de prácticas que son como manifestaciones de la autenticidad de este servicio : la cocina, la enfermería, la hospedería, la portería. Es aquí, en el terreno del servicio de los hermanos que se reconocerá al verdadero servidor del Señor. Así considerada, la Regla se presenta como un gran díptico donde los servicios del Señor y de los hermanos son tan inseparables como el primero y el segundo mandamientos. El que se compromete en la escuela de San Benito aprende a conjugarlos juntos.

Evidentemente, parecida lectura vale primero para cada monasterio que vive según la Regla de San Benito. En la medida en que San Estebán Harding se ha inspirado de ella para instituir las relaciones entre los monasterios en la Carta de Caridad, esto vale también para la primera Orden del Cister concebida como una gran "escuela de escuelas" del servicio del Señor. No tememos dar un paso más: ¿Hoy más allá que nuestras Ordenes o Congregaciones, sin olvidar el último vástago del árbol de Cister, - estos laicos Cisterciacos que representáis aquí en Clairvaux en junio 2005 con ocasión de vuestro tercer encuentro internacional-, no será que se debe entender también como de "la gran Familia cisterciense", llamada por el Santo Padre a edificarse cada vez más en el sentido de una auténtica comunión de amor evangélico ? De esta manera, desarrollando entre nuestras Ordenes o Congregaciones el sentido del servicio que la Regla institúa de manera tan magistral, nuestras comunidades cistercienses, religiosas o... laicas, responderán verdaderamente a lo que se espera de ellas ; ser "semillas de caridad" escondidas en el corazón de una humanidad siempre en búsqueda de unidad y de paz.

## **INVICEM**

En el capítulo 35 de la Regla, San Benito caracteriza el servicio fraternal por la palabra *invicem* (35, 1 & 6 ) que se traduce generalmente por *mutuamente* o por la expresión *unos a otros*. Se encuentra una diez veces en la Regla. Con excepción del capítulo 22 que recuerda a los monjes que cuando toca el señal de levantarse, se exhorten *mutuamente* para ir a la obra de Dios, se encuentra solamente *invicem* en la segunda parte de la Regla que es precisamente la de las "prácticas" donde los hermanos aprenden a servirse mutuamente en la caridad. En todos sus encuentros, se mostrarán solícitos y se honoraran mutuamente (63, 17 & 72,4), y todas sus tareas serán tantas ocasiones de obedecerse unos a otros (71). Así, la escuela del servicio del Señor se abrirá sobre una red "vecinal"<sup>iii[iii]</sup> donde la vida común estará tejada de caridad.

### ***El enfoque de la Palabra de Dios***

En el ultimo capítulo de la Regla, San Benito remite a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento para encontrar motivo a nuevos avances (73,3). Seguimos entonces su consejo para buscar dentro de la Palabra de Dios lo que suena típica mente cristiano en lo "vecinal": Resulta ímpresivo. Primero, de modo contable: aparece 118 veces en total, de las cuales 83 se encuentran en el Nuevo Testamento, o sea más del doble del Antiguo Testamento que cuenta con 35<sup>iv[iv]</sup>. Pero sobretodo, el uso de la palabra en el Nuevo Testamento cumple una revolución en cuanto a las relaciones humanas. Mientras en el Antiguo Testamento, no significa más que una sencilla comunicación verbal de reciprocidad, en el Nuevo, lo "vecinal" se vuelve en una característica fundamental de la Caridad. Ya no se trata más de hablarse unos a otros sino de amarse como Jesús manda : *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros como yo os he amado*<sup>v[v]</sup>. Dicho de otra manera, la vecinalidad se vuelve un componente inseparable del lenguaje que toma la caridad, no solamente en palabras, sino, aún más en actos y verdad.

El evangelista San Juan se muestra claramente como el apóstol de la vecinalidad cristiana que rechaza una caridad en sentido único. En su esencia misma, el amor que llama *dilectio* -amor que quiere y se deja querer- es a la vez acogida y dono. Si fuera uno solo, estaría en peligro. Tiene que ser a la fuerza uno y otro, manteniendo a las personas en una reciprocidad absoluta de acogida y de dono.

Con Pablo, el apóstol de las Naciones, la vecinalidad no tiene importancia menor. La concordancia de la Vulgata muestra unos 40 usos de la palabra *invicem*. Aparece en masa en la primera epístola pastoral (1 Ts 3, 12 ; 4, 9 & 17 ; 5, 11 & 15) y abunda en todos los escritos de Pablo, especialmente en un contexto paren ético. Aquí vienen de la Epístola a los Romanos:

*. Charitate fraternitatis invicem diligentes... Amaos los unos a los otros con amor fraternal (12,10).*

*. Nemini quidquam debeat, nisi ut invicem diligatis... No debáis a nadie nada sino la el amaros unos a otros (13,8).*

. *Non ergo amplius invicem judicemus... Non os juzguemos más los unos a los otros* (14,13).

. *Quae edificationis sunt, in invicem custodiamus... sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación* (14,19).

. *Propter quod suscipite invicem, sicut et Christus accepit vos in honorem Dei... Recibíros los unos a los otros, como también el Cristo nos recibió para gloria de Dios* (15,7-8).

. *Salutate invicem in osculo sancto... Saludaros los unos a los otros con ósculo santo* (16,16).

Igualmente en sus otras Cartas, Pablo usa de la palabra *invicem* para invitar a las manifestaciones de la caridad dentro de las comunidades. Vuelve la palabra cinco veces en el capítulo 5 de la Epístola a los Gálatas de manera persuasiva: *Por amor, servíros los unos a los otros (invicem)... Si os mordéis y os coméis unos a otros, (invicem), mirad que también no os consumáis unos a otros, (invicem)... No nos hagamos vanagloriosos, irritando nos unos a otros (invicem), envidiándonos unos a otros (invicem).*

Se debe sobre todo notar que es en relación con su teología del "cuerpo" que el apóstol de las naciones presenta la vecinalidad como una característica fundamental del comportamiento cristiano. Se encuentran sus premicios en la primera Carta a los Corintios: Dios ha compuesto el cuerpo dándole más abundante honor al que lo faltaba para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros... *ut non sit schisma in corpore, sed idipsum pro invicem sollicita sint membra* (1 Co. 12. 24-25).

En sus escritos de cautividad, Pablo saca todas las consecuencias éticas de su grandiosa teología de la Iglesia Cuerpo de Cristo. La vecinalidad por supuesto ocupa el sitio de honor: *con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor... supportantes invicem in charitate* (Ef. 4. 2). *Habla verdad con su prójimo, Porqué somos miembros los unos de los otros... Quoniam sumus invicem membra* (Ef 4,25). *Sed benignos unos con otros, misericordiosos; perdonándonos unos a otros, como Dios también os ha perdonado a vosotros en Cristo... Estote vultem invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus in Cristo donavit vobis* (Ef 4,32). *Someteros unos a otros en el temor de Cristo... Subjicit invicem in timore Christi* (Ef 5,21).

Hay que mencionar un último punto para entender la originalidad scripturaria del *invicem* mencionado por la Regla de San Benito. Esta palabra latina traduce el griego "allellos" que por su raíz misma acentúa la alteridad más que la reciprocidad y así el respecto debido al otro y a los otros en todas las relaciones humanas. En la vida cristiana, en efecto, el otro, cualquiera y tan desfigurado sea, es, de cierto modo, sacramento del Otro. En toda nuestra reflexión, importa pues, recordarse que la vecinalidad lleva tanto el signo de la alteridad como de la reciprocidad. *Invicem* no es fusión pero supone un trabajo sin fin para que la alteridad, que hace a menudo papel de amenaza, se entienda, al contrario, como riqueza compartida. Es en efecto sobre la fe que se fundamenta la vecinalidad cristiana, y no sobre las disposiciones comunes naturales. Esto vale tanto para monjes como para laicos.

## Una ética de la reciprocidad <sup>vi</sup>[vi]

Se ve después de este paseo por la Palabra de Dios que la Buena Noticia de la Salvación acomplece algo como una revolución en las relaciones humanas. Los cristianos lo saben, aunque, lástima, sus vidas no le den siempre un testimonio creíble. Deberían estar en las primeras líneas de la frente de esta revolución del amor del cual el Nuevo Testamento clama que no es solamente un modo de dono, sino también de intercambio donde el amor tanto recibe como da. Esto mismo que constituye lo propiamente "revolucionario", lo que no hemos siempre medido a su valor exacto. En *Invicem* está el secreto. Nos toca mostrarlo a la luz del día.

¿Que significa esto? Si la vecinalidad es un componente inseparable de la caridad cristiana, sitúa al empezar, todo hombre, toda mujer, cualquiera sea su edad, origen, cultura, sobre un terreno de igual dignidad por el hecho mismo de su pertenencia a una sola humanidad. Esta afirmación resulta una evidencia de por los "derechos humanos" cuyas raíces cristianas, reconocidas o no, son indubitables. Nuestra responsabilidad de cristianos es sacar todas las consecuencias del reconocimiento universal de estos derechos en el terreno práctico de las relaciones humanas, empezando por nuestras comunidades, nuestras Iglesias particulares y el Pueblo de Dios entero.

Para ser creíbles hoy, en la enorme confusión a todos niveles que resulta de la globalización, no tenemos nada más que decir sino que somos todos hermanos, todos hermanos y hermanas; que todo el resto es absolutamente secundario y solo tiene importancia en relación con la universal fraternidad instaurada por Jesús, Cristo y Señor. ¿Si la Familia cisterciense no está al corazón de esta revolución fraternal, de que servirá? Si no encerramos en las distinciones, por cierto, legítimas, de nuestros Ordenes y Congregaciones, del clero y del laicado, de la vida regular o seglar, en clausura o no, arriesgamos hacer de esto barreras cuando el bautismo nos ha en primer lugar reunidos como hermanos y hermanas al corazón de la Casa de Dios.

Como en el primer día de la evangelización, se trata pues, para nosotros de manifestar a los ojos del mundo que somos hijos e hijas de la luz, que el Espíritu Santo nos llena para aprendernos a andar en comunión, unos con otros. Si un día fue diferente, si hemos andado unos sin otros; o, peor aún, unos contra otros, ya no puede ser así. Esto es el precio del *invicem*, el precio que tenemos que pagar para edificar la Familia cisterciense: sensible a la Carta de Juan Pablo II con ocasión del noveno centenario de la fundación del Cister y a la discreción tan grata a San Benito, nuestra gran Familia está hoy llamada a buscar como liberalizar lo que no vale ya la pena, para que todos nuestros miembros se reconozcan hermanos y hermanas, al servicio unos de otros, en una caridad que sepa aprovechar nuestras legítimas diferencias. Esto va lejos, muy lejos. Preferimos a una ética basada sobre el dono, cuyo riesgo para el otro es siempre de ser avasallado al donador, una ética de la vicinalidad, basada sobre la reciprocidad y el intercambio. Trastorno que va hasta la abolición de toda forma de vasalidad unos respecto a otros. De lo más hondo de la vecinalidad cristiana, la Familia cisterciense queda invitada a imitar a Jesús que por amor por nosotros, se envasallo a la humanidad entera. Así entonces a cada uno le toca volverse el vasallo de su hermano.

## **SOLATIUM**<sup>vii[vii]</sup>

Encontramos otra característica del servicio fraternal en el capítulo 35 de la Regla. Se encuentra en la palabra *solatium* traducida generalmente por *ayuda*:

*... a los débiles, denles ayudantes (solacia) para que no hagan su servicio apesadumbrados, y a los demás ayudas (solacia) según la importancia de la comunidad y la situación del lugar. (RB 35. 3-4).*

Ya entenderemos mejor lo que quiere decir aquí San Benito mirando las otras circunstancias donde aparece la palabra *solatium*. Seguramente, no es puro azar si ya se encuentra en el capítulo 1, y además dos veces: la primera así y la segunda en su forma de *con-solatio* donde el prefijo confiere a la ayuda dada un acento más claro de "consuelo". Y es para decir que los ermitaños a la diferencia de los cenobitas ya no necesitan este tipo de ayuda para su lucha espiritual, lo que significa al opuesto que, no solamente los cenobitas pueden encontrarla en el monasterio, sino que les resulta, de cierto modo, indispensable. Esto puede parecer de poca importancia, pero cuando uno se fija que San Benito hace de este *solatium* la primera característica de la vida común en la Regla, hay que tomarlo con muchísimo serio, Porque significa que una comunidad que no pueda compartir este consuelo puede rápidamente ser la víctima del diablo. Para decir esto de modo positivo, es una llamada a toda comunidad para que se vuelva un cuerpo cuyos miembros se den unos a otros la retribución de un consuelo mutuo. De este modo, estarán mejor preparados para combatir los vicios de la carne y de los pensamientos. Serán unos por otros, "consoladores", "paracletos", enfrentándose juntos a todas cosas pesadas y ásperas que pueden presentarse en la escuela del servicio del Señor.

A continuación, reaparece el termino *solatium* en el dominio muy concreto de los diferentes servicios de comunidad. La Regla lo menciona explícitamente hablando del mayordomo (31. 17), de los semaneros de cocina (35. 3-4), de la cocina del abad y de los huéspedes (53. 18-20) y de los porteros (66. 5). Pero todos son solamente casos particulares de una norma general que dice que *en todos los servicios del monasterio, a quienes lo necesiten se dará ayudantes (solacia.*<sup>viii[viii]</sup>). Esta medida de sabiduría muestra una vez más la agudeza del sentido pastoral de San Benito que trata evitar todo lo que puede dañar la paz del alma o generar tristeza. En una época donde aún no se hablaba de "estrés", se muestra muy al tanto del fenómeno de exceso de trabajo que, sobretodo cuando dura, lleva con sigilo el riesgo de suscitar disturbio, agitación y gruño y por el echo mismo molestar la búsqueda de Dios. Una practica asidua del *solatium*, ayuda consolante dada al hermano, sera un buen medio para talar los malos retoños que suelen crecer bien cuando el bulto pesa demasiado.

Este tipo de ayuda, lo vemos, aunque tenga un aspecto corporal incontestable, tiene una intención distintamente espiritual. Como siempre, San Benito trata de proteger la vida del alma y la cualidad de la vida comunitaria. En este sentido, es posible ver en esta ayuda como en la vecinalidad misma y inseparable de ella, unos de los componentes fundamentales de la condición humana : *No es bueno que el hombre esté solo...* La "ayuda idónea" en el huerto del Edén trae consigo un fruto nuevo cuando entra en la

nueva creación. ¡Mientras el primer Adán viendo la "ayuda" que le da el Creador dijo: *Esto es ahora hueso de mis huesos*<sup>ix[ix]</sup>, el Nuevo Adán le ensancha el corazón diciéndole : *ése es mi hermano, y hermana, y madre!*<sup>x[x]</sup> Así renovado de arriba abajo en la Alianza Nueva, la conjugalidad permanece, pero su fruta verdadera llega a ser la fraternidad universal donde todos, gracias al Espíritu Santo, gritamos: Aba, Padre.

Para ver aún más la profundidad de la palabra *solatium*, nada prohíbe verla como un desarrollo verbal de la palabra latina *sol*<sup>xi[xi]</sup>. Esto ilumina de manera muy particular la ayuda que se deben prestar los hermanos unos a otros. No sera simplemente consolante sino también profundamente resplandeciente. Sera una ayuda "solar", una ayuda calorosa y "soleada", como la que recibe la tierra del sol. Ayuda trinitaria, dada por el Padre de la Luces, el Sol de Justicia y el Espíritu Consolador, que los hermanos se manifestarán unos a otros en la casa de Dios.

*Invicem y solatium* son así los dos pilares del servicio fraternal, tal como lo concibe San Beni-to en el capítulo 35 de la Regla. Sobre esta base, podemos edificar una teología consistente de la ayuda mutua. Esta expresión "ayuda mutua" combina las características a la vez de las dos palabras, mientras corrigiendo los riesgos de envasallización de una ayuda que caería de arriba sin ser lo bastante abierta a la alteridad y a la reciprocidad. *Todas cosas, en efecto, van dos por dos y son creadas frente a frente: uno no va solo y cada uno sobreraya la excelencia del otro.*<sup>xii[xii]</sup> ¿Como no desear que sobre estos dos pilares, la Familia cisterciense encuentre su asiento y se desarrolle?

### **MANDATUM**

La continuación del capítulo 35 de la Regla preve una ritualidad donde lo dicho antes esta reunido en actos de valor indudablemente evangélico Pare monos al signo que parece lo más importante: lavar los pies. No es mera suerte si San Benito le ofrece aquí el sillón de honor ¿Después de lo que acabamos de decir sobre el servicio mutua que los hermanos se deben manifestar en signo de caridad, quien no hubiera pensado en lavar los pies? ¿Será que haya otra página del Evangelio más resplandeciente que la del Maestro limpiando los pies a sus discípulos? En la víspera de su Pasión, el rabí de Nazareth no es ya solamente el que dice : *El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos,*<sup>xiii[xiii]</sup> es el quien pone en actos y verdad los dos actos que ha explícitamente pedido a sus discípulos "hacer" en el sentido más fuerte de la palabra, uno a su ejemplo, es el lavar los pies; el otro, en memoria suya, es la Eucaristía, signo del sacrificio.

### **"Un gesto de salvación por abajo"**

En su Regla, San Benito da importancia al lavar los pies<sup>xiv[xiv]</sup>, más que a la Eucaristía. No hay razón de entender una preferencia de un gesto sobre otro. Por otro lado, frente a la desafección casi completa del lavar los pies hoy<sup>xv[xv]</sup>, no solamente en la vida ordinaria de la Iglesia, sino también en la vida monástica, conviene dejarse interrogar muy seriamente por la Regla y más aún por el mandamiento de Jesús mismo : *Si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a*

*los otros. Porqué ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.* <sup>xvi[xvi]</sup>

Todo se presenta hoy como si el lavar los pies hubiera perdido su estatuto ordinario que Jesús le da en el Evangelio y que le fija la Regla de San Benito. A la diferencia de la Eucaristía, cuya celebración frecuente y hasta cotidiana esta recomendada, el lavar los pies esta casi reservado al Jueves Santo, incluso en los monasterios, quienes después del Segundo Concilio del Vaticano han casi abandonado su uso tal como previsto por San Benito. Nos encontramos, entonces enfrente de una práctica donde la Eucaristía predomina ampliamente sobre el lavar los pies, una con ritmo diario y la otra excepcional. El mundo eclesial y monástico parece acomodarse de esto bastante bien ¿Sin embargo, no habría en esta "practica" un desequilibrio que debería contrariarnos más ?

No se trata aquí de criticar la práctica cotidiana de la Eucaristía, pero de ver si no hay que interrogarse, acerca de nuestra fidelidad profunda a los gestos del Señor, en la víspera de su Pasión ¿Porqué, aparte del Jueves Santo, haber separado lo que el Señor ha unido ? ¿Si es legítimo celebrar la Eucaristía sin incluir el lavar los pies, porqué el opuesto no lo sería, sino tan frecuente mente que la Eucaristía misma, al mínimo de tal modo que el Signo del Servidor no sea casi borrado por el del Sacerdote Supremo? ¿Bastaría reanudar con el lavar los pies una vez al año para ser fiel a la memoria de Jesús ? ¿Ademas en un contexto donde cada vez más se encuentra gente en situaciones que les debería hacer pensar antes de comulgar al Cuerpo y a la Sangre de Cristo, no sería bueno volver a anunciar el Evangelio desde la base y hasta físicamente por abajo, o sea por los pies ? Es así que una joven teóloga presento recientemente el lavar los pies : gesto de "salvación por abajo", distinto de la Eucaristía que entonces se presenta como el "gesto de salvación por arriba":

*... Esta parte del cuerpo es la más "baja", primero en el sentido más material del termino, lo que lleva consigo a consecuencia una connotación de bajeza moral, de desprecio, así que lavar los pies de alguien puede ser considerado como tarea humillante. Pero los pies son también nuestro vínculo con la tierra de la cual venimos : recuerdo de nuestra condición humana, que es la condición de criatura. Preocuparse de los pies es, en consecuencia tomar en serio la necesidad, para el hombre, de una relación justa a su origen y natura profunda...*

*Por supuesto, el cristiano no se pasa la vida un lebrillo en mano : es bien, entonces un ejemplo dado bajo nuestros ojos. Pero la osadía de la liturgia expresa una verdad esencial : Hay que ir al cabo del significante para expresar el significado. Se podría objetar que como no se trata solo de imitar los gestos del Cristo, pero de inventar los gestos que hoy corresponden a la misma intención, es inútil perder tiempo con el lavar los pies. Una vez que se entendió el mensaje (el servicio del hermano), el gesto mismo resulta superfluo... Pero es la salvación que se desvela frente a nosotros en una especie de crudeza carnal... La Eucaristía se dirige al cuerpo, pero empezando por arriba... Ahora, en el día donde la Iglesia hace memoria de la institución de la Eucaristía,*



*aproxima y une de manera notable estos dos gestos efectuados en la realidad corporal : el "gesto de salvación por arriba" y el de la "salvación por abajo". De los pies a la boca, es todo el cuerpo que recibe y acoge la salvación para volverse capaz de anunciarlo al mundo.*<sup>xvii[xvii]</sup>

Para justificar el abandono casi total del lavar los pies en la vida ordinaria de la Iglesia y de los monasterios, se oye a menudo decir que este gesto pertenece a una cultura que ya no es la nuestra. Mientras guardando el "significado", habría entonces que inventar otros "significantes" que correspondan a la misma intención. ¡Porqué no! El echo es que hasta hoy no se ha inventado algo tan expresivo. Tampoco se puede olvidar que el argumento de inadecuación cultural ha sido usado para la Eucaristía misma en las áreas geográficas donde pan y vino son escasos y hasta inexistentes y consecuentemente "insignificantes". Pero, hasta hoy, el Magisterio de la Iglesia no lo encontró suficiente para celebrar la Eucaristía con otras "materias". Esto muestra la fragilidad del argumento comparado con la fuerza de encarnación de los gestos del Señor a la hora donde se va hasta el cabo de su amor por nosotros. Por el lavar los pies, nos quiere llevar hasta el cabo del servicio. Por la Eucaristía, al cabo del sacrificio.

Otros argumentos se presentan en favor del abandono del lavar los pies o, al mínimo, de la escasez de su uso. Primero, la indecencia del gesto que hace irrupción en la liturgia mientras ella habitualmente *se dirige al cuerpo magnificandolo, ennobleciéndolo : los vestidos litúrgicos, las posturas y los gestos no son los de la vida cotidiana, están marcados por cierta solemnidad, ejecutados con cierta amplitud y cierta belleza.* Al contrario, en el caso del lavar los pies, *la liturgia toma un riesgo considerable, Porqué es la carne desnuda que hace irrupción... hay algo incongruente, casi obsceno, en el gesto que se manifiesta... lo torpe y lo ridículo nunca están lejos: ya hay que llegar hasta el pie, o sea irlo a buscar alla abajo, desnudarlo cuando generalmente queda escondido. De golpe, el cuerpo vuelve a tomar su sitio en lo que tiene como más carnal, concreto : otra "presencia real"*<sup>ixviii[xviii]</sup>.

### ***La vecinalidad inherente al lavar los pies y al mandamiento nuevo***

Hay también quienes quisieran reservar este gesto a los solos ministros ordenados. Si tal hubiera sido la intención del Señor, la Iglesia le hubiera sido infiel desde dos mil años, dejando las mujeres hacerlo, como se ve en los monasterios cuya abadesa lava los pies de sus hermanas el Jueves Santo. Este ejemplo muestra rapidamente el poco alcance de este argumento, sobretodo si se une este gesto del Señor con el mandamiento nuevo que deja a sus discípulos momentos después: *Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*<sup>xix[xix]</sup> ¿Si el lavar los pies fuera reservado a los solos ministros ordenados, que gimnástica teológica seria necesaria inventar para asegurarse que el mandamiento nuevo, el, no lo sea ?

Ademas hay que dejarse impresionar por la fuerza verbal de la Orden formal del Señor que en ambos lugares es idéntico:

*Si os he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros...*

*Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros...*  
xx[xx]

La vecinalidad ordenada y significada aparece aquí entonces en su fuerza máxima. Eso explica porqué la celebración del lavar los pies que se celebraba cada sábado en los monasterios, en conformidad con el capítulo 35 de la Regla de San Benito iba llamada *mandatum* : mientras los servidores entrando y saliendo de semana lavaban los pies de los hermanos, la comunidad se recordaba el "mandamiento nuevo" (*mandatum novum*) del Señor.

Frente a este gesto que desde el principio generó oposiciones -¡ Que uno recuerde la reacción de Pedro!-, quisiera finalmente notar que haciéndolo, Jesús no inventa nada. Vuelve a usar un gesto del cual fue beneficiario el mismo del cual los evangelios guardaron la memoria. Gesto cumplido, no por hombres, sino por mujeres y aún más, al mínimo en caso de la cena en el hogar de Simon el fariseo, por mujeres de mala reputación<sup>xxi[xxi]</sup>. Por eso, sobretodo es posible que tome el mayor riesgo. Pedro acaba finalmente aceptando porqué Jesús lo impone como condición para *tener parte con el*. Sin duda, no debemos perder de vista que asumiendo un gesto parecido y ordenando sus discípulos a hacerlo a su ejemplo, Jesús universaliza una actitud que no solamente connota la del servidor, sino también, para los evangelios, re cuerda caras fe mininas. Si así es la vida nueva en Cristo, no debería quedar la menor vergüenza, para los cristianos, de estar cada uno a su vez a los pies unos de otros al ejemplo del Maestro.

### **LA FAMILIA CISTERCIENSE: UNA COMUNIÓN DIACONAL<sup>xxii[xxii]</sup>**

Acuerdándonos de los alientos dados por Juan Pablo II a *la gran Familia cisterciense para entrar en el nuevo milenario en verdadera comunión, en la confianza mutua y en el respecto de las tradiciones heredadas por la historia<sup>xxiii[xxiii]</sup>*, he intentado mostrar como podemos encontrar en el capítulo 35 de la Regla de San Benito una fuente de inspiración de gran riqueza para ir en este camino. Por supuesto que se aplica primero a la vida misma de nuestras comunidades, llamadas todas a ser escuelas de caridad. Pero la manera con la cual San Esteban Hárding se inspira de la Regla para concebir la Carta de Caridad nos incita a buscar en ella para alientar, hoy también, las relaciones no solamente dentro de las diferentes Ordenes o Congregaciones, pero también de nuestra "gran Familia cisterciense".

San Benito edifico el servicio fraternal sobre la base de los dos pilares, *invicem* y *solatium*, que tienen sus raíces en la Palabra de Dios, particularmente en el Nuevo

Testamento. Así se cumple una verdadera revolución en las relaciones humanas, la revolución de la caridad, basada enteramente sobre la ayuda mutua fraterna donde el uno no va sin el otro, donde los unos siempre pueden contar con los otros y esto en una igual dignidad de todos y el respecto absoluto de su alteridad

Si queremos continuar andando hacia una "verdadera comunión" dentro de la Familia cisterciense, el capítulo 35 presenta algo que parece una llamada a derramar los muros de separación y de incomprensión que por razones diversas se levantaron a lo largo de la historia. Es a este precio solo que la vecinalidad cisterciense, y simplemente cristiana se volverá efectiva.

Esta comunión en el amor podra ser duradera y resplandeciente solamente si esta marcada a lo más profundo por el signo eminente del servicio mutua del cual Jesús nos ha dejado el ejemplo en el lavar los pies. Tendrá que ser una comunión diaconal que se en riqueza de nuestras identidades respectivas y rehusa toda vasalidad. La laicidad cisterciense naciente, que por ahora aún, esta libre de los pesos de la historia y de las instituciones parece particularmente bien situada para poder abrirse a esta comunión y recordar a toda nuestra gran Familia la novedad estupefaciente de las palabras de Jesús: *Uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos.*<sup>xxiv[xxiv]</sup> Para no caer en ilusiones debe sin embargo acordarse que esta "en el mundo" más aún que los monjes y monjas. Esto significa que esta más expuesta a las viejas levaduras del espíritu del mundo que se opone a los votos de estabilidad, conversión de vida y obediencia. Debe quedar-se entonces vigilante para llevar el combate espiritual y volverse una masa nueva en Cristo.

Que este encuentro internacional en Clairvaux, bajo el patrocinio de Nuestra Señora, Reina del Cister, de San Bernardo y del Padre Maria-José Cassant beatificado el último 3 de octubre por Juan Pablo II, traiga un fruto de comunión en el corazón mismo de la laicidad cisterciense, para que la caridad crezca al interior de nuestra gran Familia y que seamos semenes de paz y alegría para la humanización del mundo de ho

Ho Olivier QUENARDEL

Abad del Cister

---

<sup>i[i]</sup> En la *Carta de caridad* publicada en CITEAUX, DOCUMENTS PRIMITIFS, 1988, pp. 58-105, hay por lo menos de 66 referencias a la Regla de San Benito. Para dar bases jurídicas a la Orden de Cister naciendo, Estebán Harding compuso un trabajo de interpretación de la Regla que no es servil adaptación sino una, inteligente y discreta, a una situación nueva que San Benito no había previsto.

<sup>ii[i]</sup> Es el Papa León XIII, en la Constitución apostólica *Non Mediocri*, 30/7/1902, que usa por primera vez de esta expresión de " *Familia cisterciense*". Juan Pablo II, *Message á la Famille cistercienne á l'occasion du IX° centenaire de la fondation de l'Abbaye de Citeaux*, *Documentation Catholique*, 19/4/1988, N°8, pp. 355-357

---

<sup>iii</sup>[iii] *invicem* es origen de la palabra *vecinalidad* propia a los caminos del campo que reúnen pueblos y aldeas. Los caminos comunales o vecinales facilitan las comunicaciones locales. Su etimología viene muy probablemente del latín *vicis* que expresa la reciprocidad.

<sup>iv</sup>[iv] Cf. F. P. Dupiron, *Concordantiae Bibliorum Sacrorum Vulgatae Editionis*, Paris, 1838, artículo *invicem*, pp. 690-691

<sup>v</sup>[v] Jn. 15. 12

<sup>vi</sup>[vi] Lo que se escribe aquí bajo este título se inspira de Alain Durand, *la foi chrétienne aux prises avec la mondialisation*, pp. 77-84, Cerf, Paris 2003.

<sup>vii</sup>[vii] En casi todas las ediciones de la Regla de San Benito, se encuentra en vez de la ortografía *solatium*, *solacium*. Cualquiera sea la ortografía, guarda su significado : ayuda, alivio, aligeramiento, consuelo.

<sup>viii</sup>[viii] RB 53. 19-20

<sup>ix</sup>[ix] Gn. 2. 18...23

<sup>x</sup>[x] Mt. 12. 50

<sup>xi</sup>[xi] Parece más seguro de fundar la etimología de *solatium* sobre el verbo *solor* (consolar, sosegar) lo que no impide la remisión lejana a la palabra *sol* al mínimo al nivel de la asonancia, tal como Guillermo de Saint-Thierry, en la carta a los hermanos del Monte-Dios aproxima la palabra *cella* (celda) y *caelum* (cielo).

<sup>xii</sup>[xii] Si. 42. 24-25

<sup>xiii</sup>[xiii] Mt. 20,28 ; Mc. 10,45

<sup>xiv</sup>[xiv] RB 35. 9 ; 53. 13-14

<sup>xv</sup>[xv] Las Comunidades del Arca hacen aquí papel de excepción : *Puede uno estar sorprendido de descubrir que todas las comunidades, cualquiera sea su lugar de establecimiento, dan un relieve particular al lavar los pies. Es como si mas alla que las diferencias religiosas, fuera el gesto por excelencia de humildad y de unidad, capaz de trastornar la lógica humana por la lógica del Amor (diario La Croix, 12-13/6/04)*. Mgr Gerard Daucourt, obispo de Nanterre, amigo de las Comunidades del Arca, es muy sensible a esta liturgia del lavar los pies: ver Gérard Daucourt, *una vida de obispo*, edición Parole et Silence, 2003, pp. 48-50.

<sup>xvi</sup>[xvi] Jn. 13-14-15.

<sup>xvii</sup>[xvii] Christelle JAVARY, la guérison, Quand le salut prend corps, Cerf, Paris 2004, pp. 122-128

<sup>xviii</sup>[xviii] *ibid.* , p. 126.

<sup>xix</sup>[xix] Jn. 13. 34-35.

<sup>xx</sup>[xx] Jn. 13. 14, 34

<sup>xxi</sup>[xxi] Lc. 7. 36-50. Si es verdad que en esta escena evangélica y las parecidas, la materia es perfume y no agua, la actitud corporal queda análoga. Es en este sentido que podemos decir que " Jesús no inventa nada".

<sup>xxii</sup>[xxii] Acerca de la "comunidad" en la Familia cisterciense, uno se referirá con provecho al *Message de la Synaxe* que se reunió en Cister del 17 al 19 de marzo de 1998, y a la *Déclaration sur la Communion cistercienne* de la Reunión General Mixta ocso (Lurdes, 21/10-10/11 1999) y al *Message du Chapitre Général de l'Ordre cistercien aux membres de l'Ordre á propos de la communion dans la famille cistercienne* (Roma, 8/9/2000).

<sup>xxiii</sup>[xxiii] ver la nota 3.

<sup>xxiv</sup>[xxiv] Mt. 23. 8.